

Loco

Loco

Cómo no llevar un estudio de grabación

PACO LOCO



H&O

Primera edición: julio de 2016
Segunda edición: septiembre de 2016
Tercera edición: diciembre de 2016

© de esta edición:
Hurtado & Ortega Editores
info@hurtadoyortega.com

© 2016, Francisco Martínez Pérez
© 2016, Julio Ruiz, del prólogo
© 2016, Alfonso Barguñó Viana, de la traducción de los textos de John Agnello,
Gary Louris, Josh Rouse y Steve Wynn

Diseño de cubierta y faja: Silvio García Aguirre
Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

© Thomas Canet, de la imagen de la página 9 (y frontal de la faja).
© Ivan Pujol, de las imágenes de las páginas: 18, 76, 198, 199, 213, 221, 223 y 224.
© Javier Rosa, de las imágenes de las páginas: 41, 69 (y contra de la faja), 96, 98, 196 y 229.
© Pablo Errea de las imágenes de las páginas: 16, 52, 99, 133, 159, 171, 225 y grafismo a partir de 234.
© José Giral, de la imagen de las páginas 232-233.
© Mishima, de la imagen de la página 179.
© Paco Loco, archivo personal, del resto de imágenes.

Los editores se hacen responsables de cualquier error en la asignación de la autoría de las imágenes y se comprometen a subsanar dicho error en ediciones posteriores.

Impresión: Bookprint

ISBN: 978-84-945916-6-2
Depósito legal: B 4343-2019

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, salvo las excepciones previstas por la ley.

PRÓLOGO

HURACÁN PACO LOCO

ARRIBA, en una de las plantas desde las que se dominaba una parte del Madrid del paseo del Prado, muy cerca de Neptuno (como tiene que ser), fue la primera vez. Estábamos en la calle Huertas, en lo que fue el edificio del mítico periódico Pueblo. Disco Grande se hacía por entonces en Radiocadena Española y los visitantes del programa fueron Los Locos, que venían a presentar el que era por entonces su disco del momento y que yo desgastaba pinchando sus cortes. La verdad es que fueran *indies*, *pre-indies* o post-movida siempre me ha tirado cualquier artista o propuesta musical que oliese a asturiano (mi madre, que era de Mieres y eso imprime carácter). Total que, después de que acabase mi compañero Agustín Galán su Boomerang y antes de que Rosa Pérez (ahí está ella en Radio 3 también en la actualidad) iniciase sus Secuencias, pinché cuatro o cinco temas de ese disco llamado *El segundo de Los Locos*, que sacó El Cohete, y hablé con Paco y el malogrado Carlos. Nos hicimos una foto de espaldas al paisaje de aquella novena planta y la he querido recuperar para este prólogo, pero (me-cachis) no ha aparecido.

Tienen que pasar unos cuantos años (pocos) hasta que me encuentro a Paco de nuevo. Primero, como miembro de refuerzo

y luego en la alineación titular de Australian Blonde, junto a Fran, Tito y Roberto. Mandan los chup-chups y uno pincha (es el 92) en su lista grande de maquetas a las bandas que empezaban a cambiar el panorama del pop y rock español del que el Xixón Sound formó parte. En paralelo, esas bandas asturianas tienen un lugar donde grabar esas primeras demos porque los estudios Odds, radicados allá arriba, se transforman en su casa. Por entonces, doblando el mapa, llamaban a la puerta Los Hermanos Dalton con sus canciones de power pop redondo registradas en su azotea de la casa familiar de San Fernando (Cádiz). Muy cerca, geográficamente, está El Puerto de Santa María y compañeros de pupitre y afiliados a aquella avalancha de bandas muy interesantes se encuentran Madde-ning Flames. Con lo que le gustan a uno de toda la vida las formaciones con chica al frente (con una voz como pocas ha habido en estos últimos veintitantos años) ni que decir tiene que pronto se transformaron en favoritos. Todo esto lo cuento porque Paco conoce a Muni y se traslada con la casa a cuestras tierras del sur para seguir ofreciendo sus servicios a los grupos principiantes (y no necesariamente principiantes). Indieland tenía por allá abajo dos estudios para grabar maquetas o discos. Al gusto.

No me voy a detener en hacer inventario ni listín telefónico de toooodos los discos que se han registrado con Paco a los mandos porque para eso está la detallada historia dividida en partes que se cuenta en páginas más adelante. A mí me vale como dato estadístico que pasan los artistas por mi programa de radio y hay un tanto por ciento muy elevado de posibilidades de que su nombre salga a relucir porque el álbum en cuestión se ha grabado allí, porque fue el anterior o porque la idea es que el siguiente lo hagan con Paco o... que repitan, porque lo normal es que el cliente quede satisfecho. Lo que viene a continuación es que mande un saludo al protagonista

a través de las ondas que me consta que recoge. Más o menos en la misma proporción está que salga citado porque el trabajo en cuestión no sólo lo ha producido sino que ha ejercido de músico improvisado y ha terminado tocando tal o cual instrumento o aportando el detalle que había visto justo y necesario.

Paco Loco (a ver, concurso, ¿quién se sabe su apellido o le ha mencionado por él desde que le conoce? Que sí, que sí, Martínez). Un personaje imprescindible y agitador más allá de la misión encomendada. ¿Quién no recuerda ese alarido guttural «¡¡¡Monkey Weeeeeek!!!» en la primera edición del festival que nació con la idea de ser nuestro South by Southwest casero? Pues era suyo. Sería un monográfico interminable el que se hiciera con las veces que ha aparecido en los créditos de un disco desde el kilómetro cero de Los Locos (pasando por referencias más lejanas como Sangrientos o más cercanas como The Ships o Paco Loco Trío) al presente.

Y mientras espero (pero no desespero) ese primer disco de Muni (¿de *alt country* quizás?) en solitario, que ya demostró sus habilidades en su tiempo y luego las ha racionado, y sigo anotando los elogios de los inquilinos temporales del estudio de grabación de Paco de cómo se come y se vive allá mientras están en el duro tajo (se impone disciplina férrea dictaminada por el jefe y se obedece) de su obra a publicar, remato estas palabras con una imagen que es mi viñeta del protagonista: revolcándose por el suelo con el pantalón unos centímetros más abajo de la cintura en el concierto de turno haciendo sonar su guitarra en un solo demoledor y definitivo. Algo que le emparenta a otra imagen parecida: Neil Young en el entonces viejo Rockódromo de Madrid tocando «Like a Hurricane». Eso es Paco: un huracán.

Julio Ruiz

PRODUCCIÓN



CÓMO EMPECÉ Y MI PRIMER DISCO



¿QUE CÓMO EMPECÉ? Pues como todo el mundo...

Siempre me ha apasionado la música. Recuerdo que en el colegio, en 7º de EGB, fantaseábamos algunos compañeros con tener un grupo y nos juntábamos en nuestras casas para hacer *playback* y simular que tocábamos la guitarra con una raqueta. Empecé escuchando los Beatles, que me gustaban mucho y en mi casa ya había alguno de sus discos. Los primeros que me compré fueron el Azul y el Rojo, y luego me agencí uno de cada Beatle en solitario. Aún los recuerdo: *Good-night Viena*, de Ringo; *Band on the run*, de Paul; *Walls and bridges*, de John; y *All things must pass*, de George.

Sin embargo, el verdadero punto de inflexión fue cuando me compré mi primer disco de Lou Reed, *Coney Island Baby*. En el 76, cuando tenía 13 años, veía las revistas musicales en los kioskos y me fascinaba la imagen de Lou Reed, así que pensaba: este tío me tiene que gustar (además era de New York, como yo). En cuanto tuve oportunidad, me acerqué a la tienda de discos (se llamaba Discoteca) y me metí en una de las cabinas (en aquella época, en las tiendas de discos había cabinas donde podías poner los discos para catarlos antes de comprarlos, y nos pasábamos las tardes allí, escuchando de todo)

y me puse a escuchar a Lou. Me flipó tanto que poco a poco me fui comprando todos sus discos y escuchando muchos más discos raros (bueno, raros en aquella época, ahora ya son clásicos).

Pasado el tiempo, montamos un grupo. Me compré una guitarra eléctrica, una EKO que me costó nueva unos 70 euros al cambio, y empezamos a tocar con amigos y con un grupo que se llamaba Yoenel, que era de esos de ensayar en el salón de casa: hacíamos la batería golpeando un calefactor con la palma de la mano. Al poco nos juntamos con dos chicos más y formamos The Ravens, una mezcla un poco rara de punk y queseyó. Teníamos un guitarrista virtuoso que estaba todo el tiempo so-leando, un bajista más punk y un batería punk del todo. Era un inglés afincado en España a quien llamábamos Fox, que, cuando viajaba a Londres, nos traía discos de los Sex Pistols, los Damned o los Stranglers. Recuerdo que hicimos una actuación en la plaza del ayuntamiento y él iba vestido como un auténtico punk inglés de Trafalgar Square. La gente nos odiaba.

Nos presentamos al concurso de rock Villa de Gijón, cuando lo que se llevaba era el progresivo y el hard rock, y quedamos los últimos, pero últimos con cero puntos. ¡Éramos malos, pero no tanto! Empezaba la nueva ola y nos fusionamos con un grupo emergente que se llamaba O91 (sí, lo sé, había otros, pero en aquella época no los conocíamos). En O91 ¡tocaba y cantaba Carlos Redondo!, que nos dejaba boquiabiertos con su técnica con el bajo y la voz. Y el grupo empezó a crecer a tope. Con esa fusión ya nos llamamos Los Locos, y estábamos flipados con todo el movimiento inglés de la época —Elvis Costello, Joe Jackson, The Police—, así que empezamos con ese rollo y poco a poco fuimos hacia un sonido más *soul* y en muchas ocasiones disco.

Al mismo tiempo, monté una banda que se llamaban Los Sangrientos, en la que daba rienda suelta a ese lado más Lou Reed que siempre tuve. Al final estaba todo el tiempo compo-

niendo y componiendo, así que me compré un pequeño grabador de cuatro pistas y empecé a hacer canciones a tope. De repente me di cuenta de que lo que me gustaba era componer: tenía muchas cintas con canciones grabadas y me pasaba el día grabando en una pequeña casa que habíamos alquilado entre los tres del grupo.

Los Locos teníamos buena reputación en Asturias y se nos respetaba bastante, así que conocí a mucha gente que se dedicaba a la publicidad, a hacer cortos, etc. Un día me levanté y me planteé comprar algo más grande para componer y vender mis composiciones, pero no tenía dinero y tuve que sablear a mi familia. Me dejaron un total de 7.000 euros, 3.500 de mi tío y 3.500 de mi padre, con la única condición de devolverlo. Y así lo hice; me costó, pero fue devuelto íntegro. Con aquel dinero me compré una mesa Studio Master y un grabador Fostex de 8 pistas, un par de micros, un sampler y un secuenciador, y así, con el tiempo, empecé a grabar mis canciones. Grababa también las maquetas de mis grupos e iba bastante por el estudio



comercial que había en Gijón, a aprender un poco y a preguntar. Y poco a poco la gente fue sabiendo que tenía material para grabar. En aquella época había muy pocas opciones para hacer discos, o te gastabas un dineral o no podías, por lo que la opción de mi estudio fue una buena vía para gente que no tenía muchos medios ni oportunidades.

Había un grupo en Oviedo que tocaba mucho en la escena *underground*, los Amateurs. Eran muy amigos míos y muy seguidores de Los Sangrientos y me propusieron que grabara su disco y lo produjera (¡o como se escriba!). No era la primera vez que yo grababa un disco, pero nunca había intervenido como productor ingeniero. Cuando planteamos la grabación nos dimos cuenta de que todos mis cacharros estaban en una habitación de mi piso, por lo que era imposible grabar allí la batería (a parte, ¡creo que sólo tenía un solo micro!). Así que se fueron a un estudio municipal de Oviedo, grabaron las baterías y acabamos el disco en mi casa.

Fue algo totalmente *lo-fi*. En 8 pistas grabamos baterías, guitarras, bajos, voz, coros y todo lo que hubiera. Era un disco de rock americano, tipo REM, Hüsker Dü o Dream Syndicate, mucho *feedback* y mucha distorsión. Los Amateurs eran un muy buen grupo con un planteamiento de disco extraño: tenía dos caras diferentes, una de estudio (si es que a eso se le podía llamar estudio) y otra en directo. La cara B del disco estaba hecha en un garito de Galicia que era un local de actuaciones con estudio de grabación, algo bastante flipante. Allí grabábamos por la noche y mezclábamos al día siguiente, por la mañana. Ese disco lo hicimos con un micro, un ampli y ya. No *reverb*, no compresión, no *delay*, no cosas raras (menos una: había una canción para la que aún no tenían letra y les dije que leyeran el manual de la mesa, así sabría usarla mejor después de que la cantaran).

El *Backslide* de los Amateurs es el primer disco que grabé y además hice de productor. Después de aquello amplié el



estudio: pasé de una habitación a dos, con un poco más de equipo, y empecé a grabar cada vez a más grupos. Cada vez tenía menos tiempo para mi plan inicial, cada vez grababa más y componía menos. De dos habitaciones pasé a tres; del pequeño piso de calle Caveda, con el tiempo, me trasladé al bajo que había en la casa; pasé de un local de quince metros cuadrados a uno de cien. Me pasaba el día grabando arriba y la noche acondicionando parte del de abajo (no tenía dinero para acondicionarlo todo de una vez). Cuando ya me trasladé totalmente del piso al local, poco a poco fui acondicionando más partes del local, hasta tenerlo totalmente usado.

Aunque por el estudio pasaban muchos grupos, de repente un día me vi en El Puerto de Santa María, casado y con tres perros. Allí monté un pequeño estudio y, durante seis años, me pasé medio año en Gijón, grabando y viviendo en el estudio, y la otra mitad en El Puerto, viviendo en una casa de ochenta metros cuadrados con Muni, tres perros y el grupo que estuviera grabando en ese momento.



Muchas veces me preguntan por las claves del estudio. Yo siempre digo que por lo menos el cincuenta por ciento o más es la implicación de Muni en el estudio. Muni cocina para los grupos, se preocupa de si a los grupos les hace falta algo, se ocupa de la logística, de las fechas... En fin, ella es lo que se llama la mánager del estudio. ¡Ah!, se me olvidaba, ella además tiene un trabajo diario de 8h a 17h, más o menos, así que puedo decir y digo que sin ella estoy perdido... La pobre aguanta carros y carretas.

Cada vez que me movía para trabajar tenía que hacerlo con todo el equipo, y eso era cada vez más difícil. Un día, muy a pesar nuestro, decidimos dejar el estudio de Gijón y centrarnos en el de El Puerto, así que buscamos una casa un poco más grande y con un poco más de intimidad (cosa que no era muy difícil: hasta entonces casi casi dormíamos con el grupo de turno, y eso no era lo mejor, tampoco para el grupo). Encontramos un sitio a las afueras de El Puerto que disponía de todo